

## PRESENTACION DE LA OBRA “GUZMAN BLANCO (TRAGEDIA EN SEIS PARTES Y UN EPILOGO)”

Por TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA\*

Es un hecho, bien analizado por quienes podrían llamarse sociólogos del libro, que una obra al comenzar a circular adquiere vida propia, que puede ser efímera o permanente, importante o intrascendente y que poco o nada tiene que ver con la labor creativa que pudo requerir. Es algo parecido a lo que sucede al nacer un niño, momento en el cual el complejo proceso del embarazo deja de tener importancia.

El libro, cuando está a disposición de todos, se convierte en un ser vivo que en sí tiene o no la capacidad de sobrevivir, que se defiende solo de los ataques que puedan surgir o que sucumbe ante ellos.

Lo que pasará con cada libro es impredecible. Obras preparadas y escritas con esmero quedan olvidadas, mientras que muchos trabajos, que fueron casi el producto de la improvisación, son ávida y alegremente devorados por los lectores.

Contra todas las reglas de la técnica de mercadeo, no es la publicidad la que da fama a un libro. Así lo demuestran los almacenes y la contabilidad de los editores. Libros que aparecen en medio de una bien diseñada propaganda no logran penetrar en el público mientras que otros, por sí solos y en silencio, van ganando lectores y exigiendo nuevas ediciones.

Por esas razones escribir un libro y publicarlo es una aventura, interesante y magnífica pero siempre una aventura, llena de misterios, algunos de los cuales nunca llegan a ser satisfactoriamente explicados.

Tales circunstancias fueron las que llevaron a Don Miguel de Cervantes a poner en boca del bachiller Sansón Carrasco las palabras que transcribe la portada del que hoy presentamos: *Es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente a todos los que lo leyeren...*

Todo autor debe siempre tener presente esas admoniciones cervantinas: nunca podrá satisfacer y contentar a todos, pues lo que unos aceptaran con agrado para

---

\* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra “L”.

otros será motivo de disgusto; lo que para unos será interesante o de cierta importancia para otros será baladí; lo que para unos era útil noticia y suficiente información para otros será inexplicable fastidio, imprudencia o ligereza. Unos verán un libro como de cómodo manejo, otros lo sentirán inadecuado para sus gustos personales. Unos aplaudirán complacidos, otros protestarán con energía. Es siempre la infinita variedad de reacciones que forman el rico patrimonio espiritual de la humanidad libre.

Una de las primeras cuestiones que ante un libro se plantea cualquier lector, sobre todo cuando se trata de una biografía, es responder a la pregunta: ¿por qué se escogió ese tema? y, en el caso concreto, ¿por qué el personaje? Es pregunta sin respuesta.

El tema surge, inesperada y libremente, en la mente del escritor; en un momento determinado se le presentó una idea y por una reacción, que no obedece a razones lógicas, decidió aceptarla. Todos aquellos que hemos escrito libros sabemos que el proceso es así y que nada es más difícil e incluso hasta doloroso que escribir un libro o tratar de escribirlo sobre un tema que no se nos ha ocurrido, sino que por alguna razón tenemos que adoptar. Incluso en estos casos, el libro no sale adelante hasta que no se produce una íntima identificación con el tema que se nos propone.

Aunque es evidente que poco tienen que ver las circunstancias personales de Juan Vicente Gómez con las de Guzmán Blanco el hecho para mí fue que, mientras preparaba mi biografía de Juan Vicente Gómez, se me ocurrió que mi próximo libro tenía que ser la biografía de Antonio Guzmán Blanco.

Por esa razón, a medida que avanzaba en la investigación de lo necesario para escribir sobre Gómez, empecé simultáneamente a trabajar sobre el nuevo personaje. No hubo por tanto entre estos dos libros separación entre el tiempo correspondiente a uno y a otro, sino que la etapa final de la creación del primero coincide con el comienzo del segundo.

Sin responder a un plan previamente concebido, este libro sigue la línea intelectual que desde hace un tiempo señalé para mis escritos. En efecto, el año 1970, cuando era Embajador de Venezuela en Chile, publiqué un volumen denominado "Seis Ciclos en dos Siglos de Historia de Venezuela", que después se transformó en otro, editado en Madrid, "Perspectiva Histórica de Venezuela", que he visto aparecer en 5 ediciones diferentes, una de ellas traducida al alemán, y lo digo, no por vanidad sino para diferenciar el punto de vista que en ellos expreso de otros muy respetables que pueden haber aparecido posteriormente.

En ese libro observé, y utilicé el verbo "observar" y no otros como "inventar" o "descubrir", que la Historia de Venezuela presenta un curioso ritmo de etapas, de aproximadamente 30 años de duración, en cada una de las cuales hay un personaje central y actúa un tipo humano de características determinadas. Esas etapas casi siempre se inician o terminan con un acontecimiento trágico. Reconozco que no se trata de una ley histórica, sino de un fenómeno que se repite y admito que quizá lo he esquematizado demasiado.

Destaco al efecto que durante los últimos 30 años de la mal llamada "vida colonial" y en gran parte durante el reinado luminoso de Carlos III se verificaron las grandes reformas de toda índole que facilitaron la transformación de la Capitanía General de Venezuela en Estado Soberano. Entre 1800 y 1830, y teniendo como centro la figura genial del Libertador, se efectuó la Independencia. La República nace al morir Bolívar en 1830 y Páez es la figura predominante durante algo más de 30 años y hasta la firma, en 1863, del Tratado de Coche. De allí en adelante el predominio pasa a Antonio Guzmán Blanco, que no deja de ser importante en la vida pública sino cuando muere en 1899. Es la oportunidad de la llegada a Caracas de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, convertido este último en personaje central cuando es reelecto Vicepresidente de la República en 1905; terminará con su presencia cuando muere en 1935 y se abrirá una nueva etapa, que va a terminar cuando los hombres y mujeres que en 1935 tenían más de 30 años llegaron a la edad del retiro, precisamente cuando el doctor Raúl Leoni finalizó su período constitucional. Durante esos años dos venezolanos se disputaron la primacía: Eleazar López Contreras y Rómulo Betancourt.

De manera no premeditada me fui ocupando después de estudiar en cada una de esas etapas, unas veces al personaje central, otras las figuras cuya acción permite conocer otros aspectos de la vida social.

Eleazar López Contreras, Juan Vicente Gómez, Cipriano Castro y ahora Guzmán Blanco fueron los objetivos de mis libros y junto a ellos, personajes como Pedro Emilio Coll, José Gil Fortoul, Caracciolo Parra León, Caracciolo Parra Pérez y Augusto Mijares, que ayudan a completar, ampliar, respaldar o afinar el conocimiento de cada época.

Terminada la biografía de Guzmán Blanco, como quiera que en la "República de las letras", al igual que sucede en las grandes fundiciones de acero y en las pequeñas panaderías, los hornos no pueden apagarse porque cuesta mucho trabajo volverlos a encender, en el horno de mi biblioteca está comenzando a tomar forma, como ensayo literario, otro libro que presentará, bajo la inspiración de Plutarco, las vidas paralelas de José Antonio Páez y de su gran contemporáneo el doctor José María Vargas, por ser ambos, como imágenes en contrapunto, las dos grandes formas de entender históricamente a Venezuela. Hablar de un futuro más lejano sería temerario.

No sé si será o no interesante para quienes me escuchan pero debo decir que, de todos los libros que he escrito, éste no solamente es el más extenso, sino el que me ha obligado a trabajar con mayor intensidad. No imaginé, al comenzar el libro, todo el mundo enorme que se abriría delante de mis ojos.

En el fondo la tarea, que iba avanzando a medida que examinaba más documentos, era lo que podría llamarse una revisión del siglo XIX *venezolano*, es decir, tratar de mirar ese tiempo desde un ángulo distinto, el que dan los fríos documentos, las frías cifras y las frías noticias que están en las hemerotecas y no el calor de los sentimientos y de las pasiones.

No puede olvidarse que, después de haberse ido Guzmán de Venezuela, la campaña política en su contra asumió proporciones extraordinarias y que su muerte pasó prácticamente inadvertida por haber sido casi coincidente con la llegada

a Caracas de Cipriano Castro, hecho que iba a cambiar el curso de la historia venezolana.

El recuerdo de Guzmán se fue diluyendo. Podría decirse que Guzmán, a pesar de su recia personalidad, había quedado enterrado en el tiempo y que ese tiempo hizo olvidar a unos e ignorar a otros lo que él había significado en la vida venezolana. Recuérdese que la gratitud, que debían haber sentido quienes le eran deudores de cualquier clase de distinciones, es una virtud que desaparece más rápido que el color de las flores de la primavera y que en cambio el odio y el rencor parece que con el tiempo se vuelven más puros que un cristal y más sólidos que una roca. De allí que las leyendas anti-guzmancistas eran casi lo único que el estudioso común de la historia podía encontrarse.

El primero y por mucho tiempo único testimonio importante de amistad y fidelidad a Guzmán que, hasta avanzado el siglo xx tuvo la valentía de proclamarse, quizá hasta con discutible objetividad, fue el del ilustre hombre de letras Francisco González Guinán, miembro de esta Academia y por algún tiempo su Director, cuya Historia Contemporánea de Venezuela, realmente monumental, era demasiado extensa, en sus quince tomos, para estar al alcance de todos.

Otra excepción en ese campo fue don Ramón Díaz Sánchez, quien, con su magnífica interpretación literaria de Antonio Leocadio Guzmán, puso en primer plano de atención la figura de su hijo Antonio Guzmán Blanco, labor que intelectualmente sirvió de complemento al sólido trabajo recopilador realizado por el señor Rondón Márquez que había recordado a los venezolanos que no podían dejar de tomar en cuenta a Guzmán Blanco.

Las nuevas corrientes científicas de jóvenes historiadores venezolanos, formados en una disciplina universitaria de trabajo serio, dotados de una moderna técnica de trabajo, menos propicios que sus antecesores, aunque no siempre, a la influencia de las pasiones y a quienes cautiva la búsqueda de la verdad, dio como resultado la aparición de una serie de notables estudios sobre determinados aspectos de la obra Guzmancista.

Dos aportes considerables para aproximarse a la personalidad de Guzmán Blanco y que no pueden silenciarse sin cometer una injusticia son el de Rafael Ramón Castellanos, con su recopilación anotada de la correspondencia de Guzmán Blanco con su esposa, y el del Embajador Armando Rojas en su meticulosa preocupación por estudiar la obra diplomática de Guzmán.

Todo ese conjunto de elementos creaba ante mí un desafío: tratar de completar la figura buscando los elementos que faltaban que aparentemente habían desaparecido o por lo menos se ignoraba su paradero.

El problema central de esa labor de encontrar lo que faltaba consistía en la necesidad de efectuar una investigación a fondo en muchos archivos nacionales y extranjeros. El hecho de haber sido treinta y tres el número de archivos y bibliotecas consultados hace ver que me fue necesario trabajar en muchas partes para intentar reconstruir la figura de Guzmán.

Una parte primordial de las noticias y referencias que necesitaba la encontré en el archivo de la Fundación John Boulton, al cual tuve acceso gracias a la ama-

ble y extraordinaria generosidad de don Alfredo Boulton, quien me dio al efecto todas las facilidades que estaban a su alcance para poder encontrar la información que buscaba.

Guzmán Blanco no solamente se ocupó siempre de organizar meticulosamente su archivo sino que conservó con cuidado cuanto papel le llegaba y tenía algún interés. Disponía así de toda la información necesaria para un propósito que no pudo realizar plenamente: escribir sus Memorias. No se puede decir que al morir Guzmán desapareció el archivo, que entonces estaba en Francia, sino que se desconocía su existencia y ubicación.

Alguna que otra vez aparecieron en Venezuela documentos que debieron haber provenido de ese archivo, como por ejemplo los que utilizaron tanto Lisandro Alvarado en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, como don Ramón Díaz Sánchez en la obra que antes citamos.

Por circunstancias, que no es del caso explicar, don Alfredo Boulton logró rescatar la porción principal de ese archivo para luego ocuparse de irlo completando con hallazgos inesperados.

A los documentos que forman ese "Archivo Guzmán Blanco" instalado en la Fundación John Boulton, deben añadirse todos los que están en poder de distintas personas particulares y de instituciones públicas y privadas, venezolanas y extranjeras.

En nuestra Cancillería, en su Archivo Histórico, está una enorme cantidad de información documental relativa a las gestiones diplomáticas de Guzmán, que se complementa con la que se encuentra en los Archivos Diplomáticos de los Estados Unidos en los cuales se conservan los documentos correspondientes a la participación de ese país en dichas negociaciones.

Los Archivos ingleses dan luz sobre muchas actuaciones de Guzmán también de carácter diplomático. En los diversos Archivos del Estado francés, se encuentran los originales de gran parte de la documentación familiar de Guzmán.

En los Archivos del Palacio de Miraflores, de la Santa Sede, de la Real Academia Española, de diversas autoridades del gobierno holandés y de varias Universidades norteamericanas, están documentos de interés para estudiar aspectos de la vida de Guzmán y de su actuación pública.

Todo se complementa con las hemerotecas de la Academia Nacional de la Historia y de la Biblioteca del Congreso en Washington y con la información bibliográfica existente en las bibliotecas de esta Academia, de la Biblioteca Nacional, de la Casa Amarilla, de Washington, New York, Buenos Aires y de personas particulares. Tanto la Biblioteca Arcaya, que hoy forma parte de la Biblioteca Nacional venezolana, como la Biblioteca del Dr. Carlos Siso, contienen extraordinarias colecciones de folletos y publicaciones de la época que no se encuentran en ninguna otra parte.

Esa breve enumeración de fuentes pone de manifiesto el esquema de lo que tuvo que ser la investigación previa a la redacción de este libro, en la cual la

mayor dificultad quizás fue la perplejidad que se siente ante volúmenes insospechados de noticias.

Solamente gracias a la buena organización de los Archivos consultados y a la excelente colaboración recibida por mí de parte de quienes los tienen a su cargo, me fue posible seguir la pista a las referencias que necesitaba para ofrecer al lector no un trabajo de la imaginación, ni una creación de la fantasía, sino exactamente lo que dicen los documentos que están en sitios muy precisos donde cualquiera los puede verificar.

Hubiera tardado mucho más tiempo en la preparación de mi libro de no haber sido por las ventajas que hoy en día nos proporciona el computador para esta clase de labores.

Ha llegado el momento para los escritores de no poder trabajar en serio sin la ayuda del computador. Para evitar cualquier equívoco debe decirse que ese aparato no supe a la mente humana ni tiene capacidad de crear. Es tan sólo un instrumento de trabajo que se caracteriza por ofrecer la posibilidad de poner a disposición del interesado, a gran velocidad, para muchos increíble, una gigantesca cantidad de informaciones y además facilitarle el uso de datos que, de otra forma, no hubiera podido obtener sino después de mucho esfuerzo y tiempo.

Es un aspecto distinto y complementario del simple procesamiento de palabras que permite ir variando, sustituyendo o rehaciendo, según sea necesario, el borrador de lo escrito hasta lograr una forma que satisfaga al autor.

Para mi sorpresa, después de haber terminado el libro, encontré unas cifras que quiero mencionar porque pueden ayudar a dar una idea práctica de lo que acabo de decir.

Mi computador me informó que las 856 páginas del texto tenían escritas 214.572 palabras, que había en ellas 1.179 notas de pie de página y que el número de personas citadas llegaba a 889.

Lo interesante no está en esas menciones cuantitativas, que podrían carecer de sentido o de utilidad y que con algo de paciencia es posible obtenerlas mecánicamente, sino en lo que significan respecto al tiempo.

La redacción de este libro fue revisada nueve veces. Una simple multiplicación de 856 páginas por 9 nos da el total de páginas que fueron transcritas y que llegó a 7.704 que, hasta hace muy poco tiempo, formaron una pequeña montaña en mi oficina.

Si ese trabajo hubiere sido hecho por una competente secretaria a razón de 40 páginas por día, habría necesitado 193 jornadas laborales, es decir el equivalente a 39 semanas o sea de algo menos de 10 meses. Cualquier escritor sabe que un esfuerzo semejante, sin tomar en cuenta su costo material, es prácticamente imposible.

El computador, que imprime a razón de 10 páginas por minuto, permite obtener, en menos de hora y media, una copia completa del texto. De esa manera lograr una transcripción íntegra de cada versión del texto corregido se convirtió para mí en asunto de sencilla y rápida solución.

El computador permite entregar a la imprenta en un disco magnético el texto corregido o impreso mediante laser, en los tipos de letra y forma de página que el autor desee. Así la tediosa, larga y difícil labor de corregir galeras y pruebas de página que seguía a la cuidadosa preparación del manuscrito, prácticamente ha desaparecido.

El autor, si lo desea, presenta un libro en la forma que quiere. Puede usar los tipos de letras que desee y distribuye las páginas en la forma que estime conveniente. El autor asume una mayor responsabilidad sobre su libro, que la técnica ha podido lograr que sea más suyo, más hecho como él ha querido. Estamos por lo tanto viviendo un momento clave en la historia del libro y que transformará por completo la manera de expresarse del escritor y sus relaciones con editores e impresores.

Algunas veces pienso que quizás haya sido un error haber escrito un libro de tanta extensión; el personaje y la información existente sobre él no permitían reducir el texto sin perjuicio de su integridad. Además, al observar la forma como reaccionan los lectores de hoy en día ante los libros que leen y al oír los comentarios que hacen las personas que tienen el gusto o la afición de la lectura, me he formado la impresión de que el lector, hoy en día, prefiere que el libro que está leyendo le dé una idea lo más completa posible del tema tratado a que le deje abundantes incógnitas sin despejar.

Lo que creí que era una simple conclusión personal mía la encontré confirmada en las Memorias de un importante autor anglosajón, publicadas este mismo año, y quien atribuye el fenómeno a un efecto de la televisión que, por su propia técnica, parece haber acostumbrado a la gente, no a una rápida visión de la trama sino al más pausado examen del proceso evolutivo del tema que se está tratando.

Ese fenómeno explica, según se dice en esas Memorias, la razón por la cual los lectores muestran en este tiempo preferencia por los libros más extensos y no les agradan los breves relatos de no más de 200 páginas que hasta hace poco tiempo eran los preferidos, fenómeno que se ha extendido a los libros que se publican en el sistema de "bolsillo o paper back". El tiempo dirá si tengo o no razón.

El Guzmán Blanco que ofrezco al lector es, ante todo, un ser humano, con sus afectos, sus virtudes, sus defectos y fallas, sus odios, sus pasiones, sus preferencias y aversiones, sus amigos y sus enemigos.

Un hombre sensible a tres factores que fueron decisivos en su vida: el Poder, la fortuna y las mujeres. Cada uno de esos elementos de influencia tiene que ser conocido y analizado, en sus justos límites, para darse cuenta de la manera como el personaje los fue utilizando o resultó víctima de ellos.

Ese ser humano fue un hombre de cultura, que hizo una excelente carrera universitaria y quien, aunque no llegó a ser escritor galano, sí formó la mejor biblioteca privada que por mucho tiempo hubo en Venezuela.

Ese hombre fue un gobernante que recibió un país en la más absoluta miseria y desorden y logró transformarlo en un Estado que tenía a su disposición los instrumentos fundamentales de la vida pública. Su gobierno logró multiplicar por

nueve el número de escolares que había en la República, número que después bajaría violentamente cuando Guzmán se fue a París. Entonces se formó la masa de analfabetos que encontró Juan Vicente Gómez en 1908.

Ese gobernante fue además un diplomático que, contra toda adversidad, defendió el derecho de Venezuela de llegar hasta el Esequibo y de ser soberana sobre las tierras ubicadas al sur de la desembocadura del Meta, en ambos márgenes del río Orinoco y no en una sola de ellas.

Ese hombre fue persona de errores, bastante de ellos muy graves e imperdonables por la ética y por la historia; otros exagerados por la enemistad o la ignorancia.

El libro trata de no juzgar al biografiado sino de exponer su historia con el fin de que el lector tenga plena libertad para formar su propia opinión. En ciertos temas, las normas elementales que rigen el comportamiento correcto de un ciudadano obligan a no pasar por alto situaciones negativas en la conducta del biografiado. Hay que advertirlas y condenarlas, lejos del espíritu malvado de aquellos inquisidores, no de la vida propia sino de la conducta ajena pero sí con los criterios de honestidad que requiere la conducción de la vida pública.

Las dimensiones del libro, la gran cantidad de información recogida, la compleja personalidad del biografiado y de las circunstancias que lo rodeaban hacen posible que en esta obra existan omisiones y defectos. Por ejemplo, puede que una fecha esté mencionada erróneamente o que en algún caso el grado de parentesco entre dos personas citadas no sea exacto. Desde luego que esos probables inconvenientes me preocupan, pero espero que no varíen el tono general de la obra.

Este libro no agota ni pretende agotar el tema central. El personaje biografiado y las circunstancias que lo rodeaban permiten todavía escribir muchos otros libros sobre aspectos que yo omito, que trato someramente o que pueden ser estudiados con criterios distintos del mío.

Quiero permitirme un comentario que quizá no sea inoportuno. Mucha gente imagina que quienes escribimos historia nos pasamos la vida entre papeles viejos para referirnos a cosas y temas que ya pasaron. La verdad es diferente. Cuando se estudia un personaje como Guzmán Blanco es posible adquirir una noción optimista de lo que puede ser nuestro país, pues si resultó posible superar la tremenda crisis demográfica, política, sanitaria, económica, cultural, humana y moral en la que quedó Venezuela después de esa inmensa catástrofe que se llamó la Guerra Federal que dejó al país despoblado, abundante en enfermedades, improductivo, lleno de deudas, desordenado y caótico y el problema fue enfrentado con muy poca gente preparada y con muy escasos medios pero con mucho trabajo y optimismo, no se comprende por qué situaciones posteriores no puedan llegar a ser resueltas cuando disponemos, hasta con cierta abundancia, de medios humanos, técnicos y materiales.

Para preparar este libro recibí la ayuda de mucha gente. Enumerarla es imposible porque correría el peligro de omisiones injustificadas.



Ramón J. Velásquez, con la amabilidad y diligencia que se derivan de su extraordinario sentido de la amistad, no solamente leyó los originales, sino que a pesar de las delicadas funciones públicas que debió tomar a su cargo, encontró tiempo y paciencia para redactar el generoso prólogo que lleva esta edición.

Guillermo Morón, además de haberme animado insistentemente para que terminara la obra y con la seguridad que dan el afecto y la amistad, decidió proponer a la Academia Nacional de la Historia la coedición de este libro con la Empresa Grijalbo, circunstancia que daría un magnífico respaldo editorial a la obra. La Academia así lo aprobó y en los convenios respectivos se ha estipulado que yo, siguiendo la costumbre que he querido imponerme, cedo a la Academia los derechos de autor correspondientes a las características de esta edición.

Una persona bondadosa y sabia, el poeta y profesor J. A. Escalona-Escalona, tomó a su cargo examinar el original con una paciencia franciscana, con una minuciosidad admirable, para observar y advertirme de un conjunto de situaciones, de esas que se le escurren al autor y que, cuando se las deja escapar en la obra, son las delicias de aquellos lectores en quienes el sabio bachiller Carrasco encontró *el particular entretenimiento de juzgar los escritos ajenos sin haber dado algunos propios a la luz del mundo.*

Quiero resumir mi gratitud a todos aquellos que me tendieron su mano amiga en la que expreso a dos personas: don Alfredo Boulton y mi hija Beatriz, a quienes la obra está dedicada.

Don Alfredo, con su generosa apertura e incondicional colaboración, hizo posible que el libro fuese preparado y mi hija Beatriz se entregó en cuerpo y alma a la durísima y delicada tarea de hacer funcionar el computador para que el libro cobrase vida.

4 de junio de 1992.